



DON QUIJOTE O LA MISMIIDAD DE CERVANTES

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

Ahora tenemos que don Miguel era un pobre diablo, un mísero ente, todo inseguridad y a merced del primer viento, que, a las mil y una vueltas de su vida, escribió nada menos que el "Quijote" ¡El Cervantes de aquella España errabunda y a la intemperie, de aquella Iberia con vocación de alondra; una España que brotó en el planeta con la misión de quinta-esencia las potencialidades fabulosas del gesto gallardo, como el de Ercilla en América, como los de Leiva y Oquendo en Inglaterra, como el de los soldados de los tercios de Italia! ¡Ah! ¡La vocación de don Miguel, el mimado de las Musas!... ¿Será por esto por lo que Cervantes era un "pobre diablo"? Es lástima, sin duda, que no poseyera el don de ese gesto. Y, en verdad, si comparamos la garra cervantina con la de un Alejandro Farnecio o con la de un Juan de Austria, cuyas magníficas vitalidades compendian, enaltecían y espumaban la de todos los paladines españoles del siglo XIV, aparece en forma irremediable contraída, mejor aún, es constitutivamente otra cosa que la de aquellos grandes felinos. No hay para qué buscar residuos de felinidad o de frenética ampulosidad vital en el alma de Cervantes, porque está embriagada de ensueños y de luz.

Se ha debido hacer constar que Cervantes era esto, también: era un soñador que si buscaba la aventura —y que la buscó sobremanera no solo lo dice su presencia en campos y mares de batalla, sino su manquedad gloriosa— lo hacía para henchir la sutil urdimbre de sus sueños y no para dar pábulo a la acción exterior. Leed la magnífica obra de Sebastián Juan Arbó sobre Cervantes y vereis cómo la aventura, para don Miguel, consistía en algo fluido y casi espectral. "Era Cervantes —comenta Arbó— de esos seres que se enamoran siempre de cosas lejanas y hermosas, de imposibles; de esos seres cuyas realidades no inmediatas están tejidas de una materia tan sutil, que se confunden casi con el sueño y, como el sueño, se esfuman apenas se acercan a ellas; y así, tienen siempre que mirarlas de lejos". ¿Idealista? No: don Miguel se preocupa, al igual de sus contemporáneos, en hacer pie en la tierra firme. La prueba de ello es que difícilmente podemos imaginarnos toda una biografía de Cervantes encerrado dentro de las bardas del sí mismo. ¿Cómo? ¿Don Quijote ignorando el idealismo, éste bondadoso de nuestro señor Don Quijote tan luminoso y transparente? Sin embargo, es el mismo Don Quijote quien nos da la razón en todas sus horas. Hasta tal punto le resulta imposible aislarse,

que sería condenarlo al más cruel de los trabajos forzados —un monstruoso suplicio dantesco—, en el vacío de todo quehacer, si le imaginamos, por un momento, dejando de remediar entuertos y de reunir doncellas cautivas y galeotes, si tratamos de acorralarlo contra su propia intimidad. ¡Hora conmovedora aquella sería en la cual el Caballero de la Triste Figura olvidara los peligros! No nos desorienten estas nociones vulgares del “idealismo”, que tienen solamente un valor convencional. El idealismo es lo más inmediato a la soledad. Es la actitud radical del egoísta, cuya forma extrema es la nómada de Leibnitz, que anula el afuera, que no tiene ventanas; es el movimiento que lleva al hombre a encerrarse dentro de sí mismo. Por eso, Cervantes hace de Don Quijote y de Sancho una inexorable contraposición, con su *terminus ad quem* y su *terminus a quo*, es decir, lo que no es sí mismo y lo que lo es.

Decíamos, pues, que Cervantes era un soñador. Y es el caso que, a través de toda su existencia no hace sino destilar los abrojos de la vida en gotas de simbólicos sueños. En esto halló su grandeza y su dicha; en este impulso encontró su salvación, pero también en él sorprendió, ¡ay!, su tragedia corporal. Fue el amor de esas cosas “lejanas y hermosas”, que se confunden con los sueños y que a las veces solo sueños son, lo que le llevó a hollar las tierras de Flandes y de Italia, las de Sicilia y Orán, las del Turco y las de Assán Bajá. ¡Tantos fueron la audacia y el desprendimiento que puso en sus acciones! ¿Nada más? Nada más. Esta es su gracia, y su pena. Porque quien sueña, al desearlo todo, al sentirse en potencia de imposibles, cree que ya los son. Hay en Cervantes, como suele en los grandes soñadores, un no sabemos qué de predisposición, de óptica femenina cuya máxima virtud consiste en poseer la inseguridad creciente de su existencia que va madurando, que va creando mágicamente, y a condición de anormal inseguridad, nuevos horizontes inéditos de posibilidad. De ahí que la historia de Cervantes es la historia de Dulcinea, “en cuya imagen se juntan las más exaltadas ternuras y las más acerbas desilusiones”. No cabe asunto más atractivo. De cuando en cuando, al volver la esquina de los siglos, nos encontramos de súbito con almas varoniles que reclaman sus creaciones femeninas, como Leonardo con Mona Lisa, con lo estrictamente íntimo y recóndito de sus anhelos e inclinaciones. ¡Dulcinea! ¡Dulcinea!: Un poco de fuego cervantino erguido en altísima llama: el capullo de seda con el cual el pobre don Miguel se defendió de las inclemencias del mundo, de su acritud, de su aspereza y hostilidad.

Pero si en vez de tropezar ahora con el alma de Cervantes, cedemos ante el ambiente, mejor todavía, ante la compostura y actitud de don Miguel frente a su circunstancia mundanal, ¿qué hallamos? De ordinario, hallamos que el dintorno cervantino, menos exento de facilidades, venía de asumir la forma dura, pétrea, de una nación que había tomado la resolución heroica de ser la que Isabel y otros espíritus clarividentes quisieron fuese. En aquella sazón decisiva, España vivía un momento de esfuerzo penoso, que le comenzaba ya a doler, donde si bien se carecía de espacio para el adormecimiento voluptuoso, o para el gesto envaguecido o para la mágica docilidad, comenzaban en el horizonte histórico a apuntar ciertas vaguedades, ciertos temores, cierto desgano de la vida hazañosa y guerreadora. Todo era allí rudeza, denuedo personal, encrespamiento

electrizante de los quilates varoniles, pero en solemne procesión hacia el pasado inmediato. Pues España había querido acuñar, y todavía en muchas almas tal propósito se mantenía enhiesto, con su efígie el destino del mundo. Dado que se hubiera carecido de una divisa, de un emblema ejemplar, podríamos sorprender en el origen de tantos heroísmos aquel imperativo —“¡Tienes que ser!”— que, según Goethe, la vida impone. Habitados a ello, cada español acabó por sentirse el espólón afilado de una nave de guerra, o sea de España. Una vez que aceptaba que la vida era hazaña, tanto le daba vivir como Cervantes en Lepanto, o morir como Pizarro en el Perú, cantando y peleando. Más aún: tanto le daba contemplar sus propios funerales. En el momento en que dentro de estos espíritus soberanos brota la heroica simiente del desprendimiento. Nada más desprendidos, en efecto, que los españoles —generosos, joviales, enérgicos— de la victoria de Muhlberg. Pues bien, España acaba de reunir, por destino fabuloso, esas potencias. Fue, en definitiva, una existencia a rebours.

Pero todo denuedo se torna excesivo y termina desalojando la sustancia de su destino. Podemos seguir, casi paso a paso, desde luego a un paso de heroica medida, el efecto de sobre-heroicidad de esta hora definitiva. El español se va fatigando, a gusto o a disgusto; en cada situación siente que su vida no coincide con ese superior destino que hasta sus plantas llega jadeante. Entonces España comienza a malograr su destino, comienza a desvivir. Tan inevitable e inequívoco era este destino exterior, tan conmovedoramente terrible, que acabó España sucumbiendo bajo él. Aquí es donde surge Cervantes, un Cervantes bien hundido en la vida de aquella España apenas esfumada en las sombras crecientes de la fatiga nacional, en fin, un Cervantes con la tragedia de Meister a cuestas: “su drama consistió en que salió en busca de su destino íntimo y anduvo perdido por el mundo sin dar con su propia vida”. En una palabra, no supo quién ser: si Lanzarote, héroe de los sueños exaltados, o Gran Capitán, el milite de férreos puños y demoledor, en gestas lejanas, de abrasados enemigos. Ya no podemos volver a decir de España: “heroica”; salvo en breves momentos, cuando, transitoriamente, se deja llevar de su destino... ¡Ya no!... La medida, el equilibrio, los anuncios de paz afloran con extraña terquedad en la epidermis de la vida social. Es el reino del buen sentido. La España fuerte, tiesa, nervuda y enhiesta, que se alimentaba a despecho de cuantos villanos había en el mundo de la dieta heroica del éxtasis, comenzaba a decaer, y ahora principiaba a servir de blanco donde tomaban mira las flechas de la mala fortuna. Como Don Quijote, tropezaba aquí, caía allí, despertábase acá y levantábase acullá. Comenzaba, en esto, la hora de tinieblas española.

¿No merece, por tanto, la pena de intentar saber cómo vivía Cervantes en esta hora de transición? Considerando así el medio de la vida española por aquellos años de gracia de 1574 en adelante, la cuestión más importante para un conocimiento de Cervantes será un determinar cuál era su conducta nimbada por esos sueños de imposibles, cómo era esa marcha de angustias y esa dolorosa desorientación a que estuvo sometido el sino del dulce don Miguel. Claro que no vamos a entrar en particularidades, porque ello implicaría la pretensión de decir muchas cosas a campo traviesa. Mucho más fértil es decir que la vida de Cervantes, mirada desde

sus anhelos íntimos, aparece sin contenido determinado, no porque se negara a vivir su destino, sino porque no lo halla. No hay duda, evidentemente, de que se negó, allá en la difusa penumbra de su existencia solitaria, a realizar las vocaciones, "los personajes", los vitales programas de la España de entonces. Esto significa, ni más ni menos, que hizo, como hombre, de su vida un mero ser en potencia. Cervantes quiere que su vida sea acopio de posibilidades, aunque tenga que sobornarse a sí mismo con la idea de vivir de alcaballero. Se trata de una vida hecha al retortero, entreverada de cuentas y dares y tomares. Desnudo nació y desnudo se halló al término de su vida, que fue un ir peregrinando en busca de lejanías de añil y lueños tierras de conquista. Y es natural. En la España de sus sueños, la apartada, la imposible, se encuentra con problemas que, a lo Don Quijote, debe encarar; en la de su dintorno real, la vida misma es lo problemático, lo arbitrario, lo indigno de don Miguel. Por eso su vida no es tragedia, sino... comedia. No sabe a donde va, ni de donde viene, sabe mucho del mundo y, al mismo tiempo, no sabe nada de él. Por eso también parece, contemplado a la distancia, un "pobre diablo", un alma de cántaro, que, en definitiva, ignora a cuál era acogerse. De hecho, pues, la vida de Cervantes consistió en naufragar en su propia existencia, cual si fuese "una ostra mágica sobre la que transitan ondas extrañas". A la luz de sus sueños, exigentes, esenciales, la España de sus sueños fenecía, y la otra, la de las crudas realidades, le mordía como can rabioso el alma. Así demasiado sensible, demasiado bondadoso, demasiado soñador vivirá escapándose por tinglados, como Mefistófeles en el teatro. ¿Dónde encontrar un alma más tierna y bondadosa que la de Cervantes?

De esta suerte, mientras que camina en pos de sus sueños, las cosas que lo rodean, tan ajenas a la quimera, le exigen una atención exclusiva y privilegiada. Tiene que contemplar sus levantadas aspiraciones consumiéndose en los sumideros de las dificultades creadas por una atmósfera de bajezas y adulaciones, sin que, por luchar contra el torrente temporal, pueda reedificar el Cosmos —porque a nada menos aspiraba este sublime exaltado; ¿quién dijo locura?— partiendo de la leve e inconsútil materia de sus sueños. En tiempo de doña Isabel de Trastámara, hilandera de quimeras y realidades, tal vez irían sus aspiraciones como centauros todos realidad galopando sobre praderas fragosas, "colas y cernejas al viento". Pero ahora, por primera vez, sueña en la historia de España el penoso repique que anuncia el imperativo formal de que la vida nacional ha dejado de ser un mundo de alucinación, lleno a su modo de sentido y perfección; es, sencillamente, el momento de trocar los castillos en ventas. Los combatientes del "ideal", los hombres de guerra que corrían por el mundo con sus lanzas agarrotadas contra la maldad, comenzaban, agitando sus manos de náufragos, a sumergirse en el pasado. Había —se diría— una trágica prisa para que la España de las locas aspiraciones feneciera y la de los mercantilismos y de rutina, la vulgar, naciera. De aquí la irritación que en casi todas las mentes despertaba la idea del "tanto monta...". Miguel de Cervantes comprende que esto no puede suceder impunemente después de tantos años de hazañas gloriosas y de apoteosis del Imperio, y, consciente de ser tan poco —¡no importa!— inicia su combate contra los muchos.

Se acerca, pues, el tiempo de las desilusiones y esperanzas, de la soledad y la desolación. Bajo toda su existencia late un ansia de grandeza tan profunda y salvadora, que el malestar de España vendrá a desembocar y curarse en su obra inmortal. Pero el ambiente está ya oscureciendo por las bajas pasiones y cada paso que da es un tropezón doloroso. En este momento, y visto a la distancia, parece que don Miguel, cuya misión fue aumentar el mundo añadiéndole un irreal territorio, se contenta con resbalar sobre el haz de los cuerpos, de los bultos, o a flotar como nubes, cendales y flámulas ingrácidas: una materia fundente compuesta solo de sueños. ¿Qué otra cosa podría hacer ahí, entre ese mundo de desengaños y oídos sordos, la pobre alma de Cervantes que oficiaba de soñadora? Nada más que esto: volatizarse, elevarse y volver en resonancias extraterrestres su infeliz existencia cotidiana, convirtiéndola casi en mero soporte anónimo de Don Quijote. Así su destino fue sacrificarse; su misión devolver a las miradas oblicuas, a las sonrisas frías, a la fisga, a la pendencia, a la injuria de la humanidad remansada, el purísimo origen de su ánimo que se manifiesta en la magra y elevada columna de carne débil de Don Quijote como para que el cielo todo resonara torrencialmente con el grito y la emoción de su bondadoso corazón sobre la oscuridad amarga de los hombres. ¡Pues los hombres no osaban levantarse contra la iniquidad de sus propios corazones!

Mas para esto fue ineludible que la propia alma inspiradora de las divinas locuras del hidalgo manchego se empequeñeciera, que se desnudara gloriosamente, por así decirlo, dentro de la breña crepitante del hidalgo, y vistiera, angustiado de amor, una sola túnica de desamparo. Solo después cabe hablar del "pobre diablo" de don Miguel; solo después hay que reservar en lo más hondo del corazón un sitio para este Cervantes maltrecho, acosado por el hambre, por el frío, por la ira, por el hombre. Porque es el caso que no puede entenderse la magnificencia espiritual y hasta la sequedad corporal del manchego extraordinario si no se toma en cuenta como factor de su creación literaria ese temple negativo, esa tragedia renunciadora, perenne, insoluble a que estuvo sometida la vida de Cervantes. Dicen que los dioses persiguen a los hombres de aspiraciones levantadas, y ellos, para perder a Cervantes, se ensañaron haciéndole un "pobre diablo". Pero dicen también de esos tales hombres que para contrarrestar los poderes del dolor, a la vez, confían en el éxito ciegamente. Y Cervantes, combatiente de enemigos visibles e invisibles, de dioses y de hombres, fue, a decir verdad, un pobre escritor que se alzó, solo él, contra todas las iniquidades de la tierra para que los cielos y los mundos, los ángeles y los hombres, como el sueño y la verdad, se confundieran en el clamor y en la sublime irregularidad de la figura de Don Quijote, cuyos sueños de amor y de bondad eran, ciertamente, los del "pobre diablo" que caminó entre lumbres de crepúsculo con cruentas heridas más sangrantes que las dentelladas de Lepanto.

Lo cierto es que merced al cariz que en Miguel de Cervantes tuvo esa noble franqueza y que, a su vez, no consistió sino en ser una inefable mansedumbre de ánimo —"parece disolverse en suavidades"—; lo cierto, decimos, es que repristinando con nuevas transparencias el mundo, halló lo más hondo y esencial de la humana existencia peregrinando por el territo-

rio de la belleza y de los ensueños. Consiste, en efecto, en descubrir sin tonos elegíacos al sabio y al erudito, lo mismo que al sensual y al indolente, y al necio, y al asceta, y al “técnico” —¡claro está!— que, más acá de la obsesión de la felicidad, perviven el dolor y la tristeza. Les dice que el dolor no es solo dolor: que es, cuando se le domestica y desangra en medio de los albuces y veleidades de la vida, hiel con alguna gota báquica, que es vaho salobre de humildad, mansa poesía, dulcísimo sopor. ¿No consiste en esto el gran descubrimiento de Cervantes? Y ¿no puso en el mundo al dulce y bondadoso Don Quijote para que, envuelto en un desprendimiento refulgente, enseñara a cada hombre que la grandeza en las batallas humanas está reservada a los que velan, como él, las tristezas y angustias de la vida?

“¡No se muera vuesa merced, Don Quijote! ¡No se muera vuesa merced!” ¡Estamos tan solos!... Sálvanos en tu amor, transfigúranos en el Tabor de tu locura alciónica; haz reverberar tu transtorno divino, tu amorosa locura sobre esta hora torva y mísera. “¡Entrad, entrad! También aquí hay dioses”. Desciende entre nosotros, Señor Don Quijote... con tu hombría entera y acabada, con tu fe y esperanza, con tu comprensión y sabiduría, con tu esfuerzo puro. Que tu entrañable compañero Sancho, todo revuelto, todo marañado, sí, tu amigo Sancho tu confidente de todos los momentos —de claro en claro y de turbio en turbio— no puede contener su jauría flácida y gesticulante de hocicos insaciables, fautora de todo este vértigo, que ha trasmitido su obseso galope a las almas viles, y ahora, en pos de doméstico vellocino, ladra enardecida.